

con un agrado profundo y con un interés creciente. Su fuerza narrativa, la correcta sencillez del estilo y la sabrosa ironía medida—sabe alejarse de la caricatura grotesca—dan a estos cuentos la categoría de verdaderos aciertos. En «Otra Venus» asoma, sin prédicas sociales, un viejo y doloroso problema humano, que otro escritor habría convertido en demagogia literaria.

Entre los prosistas de Chile, Enrique Campos Menéndez ocupa un lugar solitario. Desaparecido Jenaro Prieto, escritor de talento con estilo, desgraciadamente, periodístico, es el único que se aleja de lo cotidiano para darnos lo permanente, sin telones que lo decoren y lo auxilien.

No puede aplaudirse este libro nuevo del autor de «Fantasmas» con las mismas palabras con que suele acogerse a un escritor novel. Tiene méritos como para sumarse al acervo de cualquier escritor consagrado y asegurarse la permanencia en cualquiera literatura del Continente. —C. P. S.



«EL BARCO DE LA MUERTE», por *Juan Antonio de Zunzunegui*.

Es corriente que novelas de tema atrayente, con tópicos y tropismos de la época arrastren al público lector de todos los idiomas. El caso de Gide, Hesse y Huxley, se caracteriza entre otras cosas por la seguridad de su éxito novelesco. Gide busca la realidad dañada y morbosa; Hesse, un vago aunque brillante mundo espiritualista-existencial; condecorado por las corrientes filosóficas en boga; Huxley observa al intelectual elegante amigo del vicio y del pensamiento trascendental. Las novelas de estos tres autores descubren en el lector su propia condición y halagan sus problemas.

Algo diferente ocurre con escritores como Mann y Baroja, por ejemplo, quienes en la mayoría de sus libros libran un cierto

combate en defensa de las realidades nacionales de cualquier tono que ellas sean; por supuesto posee Thomas Mann la trilogía de José y sus hermanos en la que sobrepasando las fronteras de su patria aborda temas míticos universales, si bien de manera marcadamente tudesca.

Pensando en esto sobrecoge la valentía de algunos libros regionales que van apareciendo en España en los últimos tiempos, cuyas características son lo puramente provinciano y local, sin soles internacionales, y en los que se advierte el desco de mostrar el hogar inmutable. Es el caso del gran escritor de la chimba Bilbaina Juan Antonio de Zunzunegui.

Zunzunegui que nació en Portugalete hizo su primera confesión fingida en el cuento «En aquél Puerto de Mar». «Este pueblo en un rasgo de abundancia, dió hace ya bastantes años un capullo de escritor. Había ya dado marinos y sinvergüenzas distinguidos, pero escritores hasta entonces, nunca». Comienza por olvidarse aquí a Unamuno que era bilbaino pero, claro está cantó a Bilbao en tono menor, dejando lo mejor de su verbo para Castilla; porque el asunto, para Zunzunegui por lo menos, está en Bilbao, en lo suyo; provinciano asunto y diferente a todo. «Si perezco ¿Quién cantará a Bilbao? ¿Quién lo exaltará?».

Este nuevo latifundista literario, conoce a fondo el espíritu de su tierra, la médula de sus habitantes, y pretende interesar al mundo por algo nada universal. Bilbao «pueblo donde llaman pan al pan, y vino al vino, y entre gentes así de mezquinas la imaginación nada tiene que hacer». La imaginación la tiene él y es ella una máquina que elabora y ennoblece el contenido del Abra: pueblos, cielos, aves marinas, gabarras herramientas, comidas, brisas, etc., etc. Amador más ferviente no se había soñado la ría, esa ría que Baroja miró siempre con recelo.

El lector sin conocimiento de la expresión típicamente bilbaina se sentirá desorientado. Zunzunegui puesto a levantar el tema de su región lo desarrolla en un lenguaje de bebedor de chiquitos, da anchura al idioma y lo obliga a veces descarada-

mente de lo que resulta un español tan regional como el tema y el escritor. Da Zunzunegui por sabidos multitud de fenómenos, con lo que parece estar escribiendo únicamente para sus paisanos. Este rasgo de soberbia millonaria en el escritor logra un resultado paradójico: que el lector de verdad se informe y llegue por su cuenta al conocimiento de la vida relatada. ¿Hicieron otra cosa los grandes rusos? La materia novelesca que moldea Zunzunegui merece expresarse directamente sin rodeos ni explicaciones y lo ha conseguido con soberana precisión. Se llega en la lectura hasta el tuétano de la poderosa ciudad del norte de España: Portugalete, Algorta, Cestao... toda la ría que Maura definió como una «alcantarilla navegable» y donde los convertidores Bessemer enfogaran el cielo.

Conocemos de la obra de Zunzunegui lo más importante «Ay... Estos Hijos», «El binomio de Newton y otros cuentos», «El Chipichandle» y «El Barco de la Muerte». Maneja el cuento con una maestría impar en las letras hispanas desde muchos años y es tanta su capacidad para este tipo de creación que sus novelas de trazo largo le salen un poco a pedazos, interceptados sus hilos por brillantes relatos cuidadosamente manufacturados. Este aspecto resalta sobretodo en «El Chipichandle» y en «El Barco de la Muerte». La solapa de esta novela pretende como todas las solapas, la síntesis de la obra y su rasgo esencial, y el confundido solapista destaca «el humor de la mejor solera» que informa la obra. Efectivamente hay humor, sobretodo en lo que atañe a «plasta» y algo también a Iriondo el contrabandista, pero toda la fuerza del libro, su mérito, no está en el humor sino en el drama, en la vida de la familia de Martínez en la miserable chabola. Es una emocionante y realista descripción conjugada de valiente y altiva protesta. Destaca Zunzunegui el egoísmo acedo de las familias pudientes que asisten a la «Conferencia». Desnuda hasta recónditas honduras la cruel condición de las gentes menesterosas que pululan por los pueblos cercanos, la parcialidad eclesiástica representada por el jesuíta señor

secreto de la región; la firmeza moral del pueblo vizcaíno apegado a sus creencias y a un estilo de vida esforzado, disciplinado y digno.

«El Barco de la Muerte» es una novela relativamente desasistida de unidad por la natural propensión que anotamos en el autor al relato corto. lo que se va reflejando en el personaje central Martínez el funerario, cuyo destino es un archipiélago vital con islas en Argentina, Brasil, Venezuela, Cuba y su pueblo a donde vuelve triste, descreído, un poco granuja. Ahí muere por obra y gracia de Zunzunegui que mata al toro de su novela con cierta torpeza forzada.

Nos parece que Zunzunegui escribirá todavía mucho; con lo hecho hasta ahora ha logrado un lugar personalísimo en las letras españolas de hoy que podrá llenar plenamente cuando una mayor experiencia acuda en su apoyo. —FERNANDO URIARTE.



CÁNTICO DE LA IMAGEN. Poesía de Humberto Zarrilli.—Ediciones Revista Meridión. Montevideo.

La Poesía uruguaya ha evolucionado enormemente con la huella abierta por los grandes poetas Rodó, Herrera y Reissig, Sabat Ercasty y Juana de Ibarbourú y otros talentos que han legado lo mejor de su producción a la Poesía Latinoamericana. Hemos recibido esta vez, un libro del poeta Humberto Zarrilli.

Poesía mística y humana, a la vez que ingenua de forma, nos da a conocer en su libro *Cántico de la Imagen*, que viene en una Segunda Edición aumentada y con algunos juicios críticos de los poetas uruguayos Julio J. Casal, C. S. Vitureira, Emilio Oribe, Manuel de Castro, etc.

Zarrilli coge melódicamente un hacinamiento de huesos baudelerianos para convertirlos en alas de palomas que vuelan pegadas al viento. Su fino canto, pulso entretenido, aflora a veces cristalino, a veces diverso: